

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## FUTUROLOGIA

# LOS PROXIMOS VEINTE AÑOS

ESCUCHE hace pocos días al futurólogo americano Hermann Kahn en el ámbito reducido de un almuerzo íntimo. Me interesaba sobremanera conocer al tipo humano después de haber leído algunas de sus obras más conocidas. Es personaje de gran corpulencia, pícnico y míope, campechano e irónico. Su cerebro funciona como un ordenador, que en el hombre todo se contagia hasta el sentido mecánico del pensamiento y a veces la naturaleza limita a la técnica como antes lo hiciera el arte. Kahn no predice sino que estudia, compone y ofrece modelos a los clientes del Instituto para el que trabaja. Me contaba que en fecha reciente el Gobierno francés le encargó un informe de esta índole sobre el porvenir de las tendencias económicas en la República vecina. El informe era sumamente favorable en su pronóstico prediciendo un espectacular avance en el producto nacional bruto francés en la próxima década, superior al de otras naciones de Occidente. Le pregunté si ello había halagado al gobierno y me replicó que no del todo, pues en el capítulo de problemas pendientes y que irían presentándose irremisiblemente en dicho período, del propio informe, se hacía una relación que coincidía punto por punto con el programa de la Izquierda unida francesa en las últimas elecciones. Ello motivó que el encargo no se hiciera público hasta después de verificada la consulta popular.

Kahn es optimista en líneas generales. No deja de excluir las posibilidades catastróficas, las crisis y las guerras. Pero cree en la ciencia y en la técnica. Opina que manejando ambas no hay problemas que no puedan ser abordados y superados fructuosamente por un gobierno contemporáneo. No comparte los supuestos pesimistas del Club de Roma sobre las condiciones límite a que habría de llegar la humanidad si continúa progresando las curvas exponenciales de población, producción industrial, consumo de primeras materias, contaminación y contaminación, así como la tendencia destructora de recursos naturales. Piensa que a todo ello la técnica encontrará remedios espectaculares y que los «modelos» imaginados por los seguidores de Aurelio Peccei son erróneos en su concepción y poco seguros en sus respuestas. Para el futurólogo americano la sociedad efluente y de abundancia en que ya se encuentra una cuarta parte de la humanidad es no sólo una conquista irreversible del género humano sino un sistema de vida contagioso y universal que se extenderá a todo el planeta aunque sus habitantes se multipliquen numéricamente por tres veces en los próximos treinta años.

Que el gran fenómeno básico del presente sistema occidental sea la posibilidad de hacer desaparecer la penuria económica acabando en gran medida con la pobreza es cosa que parece difícil de negar. La revolución tecnológica de la producción y distribución de bienes lograda por el neo-capitalismo industrial en los últimos veinte años ha cambiado las condiciones de vida y la mentalidad de la sociedad contemporánea en términos radicales, haciendo desaparecer una de las causas fundamentales de los conflictos humanos. La «tecnodemocracia» de que habla Duverger en su conocido libro es un hecho vigente en mayor o menor medida en quince países de Europa, en Estados Unidos, en Japón y en varias naciones de la Com-

monwealth. El modelo de producción de los países de economía marxista centralizada no ha llegado, ni de lejos, a niveles de realización semejantes. El contraste es demasiado obvio para insistir en la comparación. Pero evidentemente las condiciones originarias de arranque en la evolución de unas y otras economías tampoco fueron parecidas y sus contextos de todo orden no son, válidamente, cotejables.

Kahn cree en el progreso lineal del bienestar debido a esa superación de la miseria que el modelo occidental ha logrado. «Nadie propondrá volver atrás hacia la pobreza, la ignorancia y el hambre», dice. Puede que haya algo de profundamente verdadero en esa afirmación. Y que el logro de las necesidades primarias del hombre, sustento, vestido, vivienda, para el mayor número, hayan modificado el propio cuadro de las ideologías tradicionales, cuyos análisis y programas han sido en muchos casos desbordados por el pragmatismo y la realidad. Pero quedan otros elementos, no computables, y sin duda importantes en el cuadro complejo de cualquier previsión de futuro. Por ejemplo, las motivaciones de la conducta individual. Por ejemplo, el factor de irracionalidad o arracionalidad en las decisiones del individuo. ¿Son análogas las motivaciones del hombre en los distintos continentes y pueblos? ¿Las computadoras trabajan sobre los datos estadísticos que les suministra el que maneja la máquina. Pero, ¿y la variación imputable a la radical desigualdad de estímulos que mueven a las personas? ¿Y el factor de anomalía o de sorpresiva alteración del proceso lógico del pensamiento que llamamos elemento irracional? ¿No son datos vivos de la tremenda realidad histórica de cada día? ¿Por qué Hitler desencadenó una guerra y la continuó contra todas las previsiones de sus mejores expertos militares que le desaconsejaban disparate tras disparate? ¿Por qué el bombardeo demencial del Vietnam del Norte cuando ya la guerra estaba liquidada políticamente y embarrancada en el orden militar? ¿Quién garantiza que no habrá un día un lunático comunista mandando de nuevo —como Stalin en su tiempo— en Moscú? El propio equilibrio del terror nuclear que de hecho sostiene la paz del mundo entre los grandes, desde 1957, por lo menos, no es en sí, una proposición delirante, basada no ya en el temor a la mutua destrucción, sino en el convencimiento aceptado de que una gran parte de la población civil rusa y americana, desaparecería de la tierra si el conflicto estallara? ¿Cabe imaginar mayor factor de irracionalidad?

La sociedad de Occidente sobre la que basa Kahn su futurología tiene dentro de sí, además, profundas y graves contradicciones. Una de ellas arranca del propio neo-capitalismo como filosofía existencial basada en la noción del provecho ilimitado del beneficio a todo trance. A pesar de las correcciones introducidas por los grupos de presión sociales y sindicales y por los partidos de izquierda en el contexto político, todavía los beneficios del empresario, del promotor individual, clave del arco del sistema de libre iniciativa, priman, con su apetito muchas veces despiadado y egoísta, sobre otras consideraciones en el terreno del desarrollo de la sociedad industrial. Con ello sucede que en muchos aspectos, como el urbanismo, el transporte, la contaminación, la destrucción de las riquezas natu-

rales, la aniquilación del medio ambiente, se llevan a cabo tremendos atentados contra el sentido último de la vida, contra las formas normales de coexistencia y contra la calidad de nuestro devenir humano. La tesis socialista que antepone el interés colectivo al individual, preconizando la desaparición de los instrumentos privados de producción tiene en este punto una parte de razón, aunque luego en la práctica los Estados socialistas no hayan logrado ni con mucho el grado de bienestar económico y el nivel de la civilización de la libre iniciativa y hayan —lo que es más grave— ahogado las libertades humanas, que es como una contaminación asfixiante del espíritu.

Otra de las graves contradicciones de la sociedad occidental es la utilización que realiza de los recursos naturales y de las primeras materias del llamado tercer mundo en una auténtica explotación colonial o neo-colonial. La liberación de ese proceso —la descolonización— de esa enorme masa humana que vive todavía en condiciones paupérrimas en África, en Asia y en América, ¿podrá hacerse, como supone Kahn, con un lento pero decidido propósito de llevarlas poco a poco hacia la civilización industrial sacándolas de la miseria? Y en caso afirmativo, ¿serán las empresas multinacionales del neo-capitalismo de Occidente las protagonistas, en muchos casos, de esa tarea emancipadora? ¿O habrá, por el contrario, tremendas sacudidas sociales y raciales en ese mundo de los desposeídos que se inclinarán a otras soluciones revolucionarias de signo marxista o nacionalista para salir violentamente del marasmo secular? El mundo de los pueblos árabes petrolíferos es un fascinante ejemplo de los tanteos y diversos intentos que se producen cuando bajo la resaca superficial de la miseria se adivina un inmenso subsuelo de riqueza.

La futurología como instrumento de complejo estudio y minucioso análisis de modelos de comportamiento posible en las diversas sociedades humanas se revela desde luego como un auxiliar valioso de las ciencias humanas y del estadista moderno que no debe prescindir de él, como no prescindir, por ejemplo, de los sondeos de opinión, termómetros de cada día en una sociedad abierta. Yo pregunté a Kahn si no era la suya una técnica que se apoyaba demasiado primordialmente en las apetencias materiales, olvidando quizás otros valores que un día pueden volver a pesar decisivamente en la marcha de la historia, como la disciplina moral, la ética de la renuncia, o el sentido religioso de la existencia. No lo excluyó, desde luego, aunque no le pareció probable. Creó en la ciencia, repeta. Y, ¿en la sabiduría, que es cosa compatible con aquella, pero distinta? La civilización post-industrial nos traerá dentro de veinte años la semana laboral de tres o cuatro días con un larguísimo período de ocio que será preciso llenar, para ahuyentar el tedio. ¿Qué le gustaría a usted escuchar en la «cassette» o leer en su butaca o visitar en el Museo? ¿Acaso una sinfonía de Mozart, un drama de Shakespeare, un cuadro del Greco? ¿Qué renta «per capita» reducida a pesetas actuales tendrían don Wolfgang Amadeo, don Guillermo y don Doménico?

José María de AREILZA

## CARTAS

# EL LECTOR TAMBIEN ESCRIBE

ESCRIBIR, lo que se llama «escribir» en el sentido de poner sobre el papel cualquier idea desinteresada o polémica, es cosa que hace mucha gente. Más de la que a primera vista pueda parecer. Publicar ya es otro asunto, desde luego: de hecho, los que llegamos a la letra de molde somos relativamente pocos. Lo cual no significa que seamos, por necesidad, los «mejores». A menudo, la presencia y la constancia de una firma en las páginas impresas se deben a razones aleatorias, siempre difíciles de precisar. En todo caso, uno se convierte en «escritor» digamos profesional por sólo Dios sabe qué chamba o qué tozudería, estrictamente autobiográfica, y estoy seguro de que, en la mayoría de los episodios, los embarcados en la manobra podríamos habernos dedicado a una ocupación distinta y más rentable: al comercio de granos, a una carrera con escalafones pingües, a lampista. Existe eso de la «vocación», claro. Nunca he acabado de entender eso de la «vocación». Observo que, de un tiempo a esta parte, la palabra va de capa caída, y apenas se sobrevive en el ambiente de los clérigos y de los poetas líricos. «Escribir», en determinadas circunstancias y para determinadas personas, llega a ser un oficio. Y, en la práctica, se trata de un oficio como los demás. Un poco más amargo y agotador que muchos de los demás...

Y, como iba diciendo, ocurre que sí; que la gente «escribe». Cantidades considerables de vecinos, en un momento de ocio, e incluso —valga la frase tópica— robando horas al sueño, sientan la tentación de coger la pluma, el bolígrafo, la máquina, y se entregan a la curiosa operación de exponer su punto de vista acerca de todo lo divino y lo humano. Hay quien lo hace en cartapacios privados, y, por lo general, este tipo de redactor suele cultivar la esperanza —joven él, básicamente— de ascender a la imprenta y a los módicos honorarios que la imprenta produce a quienes le alimentan de material legible. Y hay quien prefiere el género epistolar. Yo mismo fui un viloso en cartas: mis amigos más antiguos lo saben, porque lesforcé a largas corresponden-

cias, tanto más insistentes y descaradas cuanto mayor era la intimidad. Al fin y al cabo, «escribir» es una forma de «charlar»: de hablar con alguien. Y de hablar con alguien de algo en particular. Todavía hoy, cuando ya no dispongo de tiempo para las expansiones familiares, suelo pensar mis artículos —los que publico en este diario y en otros— como sucedáneos de «cartas». Los escribo con el ánimo de quien se dirige a un conocido, calculando lo que a él y a mí nos une, en curiosidades o en quebraderos de cabeza. He escrito, aún escribo muchas cartas, al cabo del año.

Me temo haberlo proclamado antes —y me repito—: en definitiva, «escribir», en el fondo, es «escribir cartas». El texto resultante será un poema, una novela, un drama, un ensayo: no salimos del área de la «carta». O sea: de la conversación. Sólo un torvo onanismo llevaría a «escribir» para sí mismo: para no ser leído por otro. Y «ser leído», si algún valor tiene —aparte de cobrar los lacios emolumentos del ramo—, es el de obtener una «réplica». La «réplica», cuando no es oral, ha de ser —pido perdón por la perogrullada— «escrita». Un importante, glorioso sector de la «crítica literaria» tiende a disminuir o a negar esta evidencia. Los doctos encargados de dicha estipulación centran su entusiasmo en un ydrioso concepto que recibe el nombre de «escritura». Antes de inventarse el «estructuralismo», ya había mucha especulación en esta perspectiva. Nada es inútil, si el examen es serio o listo. Pero... Pero lo que de veras funciona es el cuerpo a cuerpo: «digo y dices», «me entiendes», «y no me entiendes», «te equivocas o aciertas». El flujo corriente y de una afabilidad total. Constituye nuestra vida: nuestra convivencia. Cuando el trámite no es factible «de viva voz», el alfabeto sirve de instrumento... el alfabeto es un gran invento: sirve para saltar sobre el tiempo y sobre el espacio, en una hipótesis de comunicación.

Sobre el tiempo: el concepto de «herencia», esencial, en cuanto representa un bloque de conocimientos transmitidos de generación en

generación, descansa sobre el «escrito». Y, mediante el «escrito», la relación en el espacio se realiza en términos muy específicos. Los alegres tebeos de MacLuhan no alteran el planteamiento. MacLuhan es un Francesc Pujols del Canadá: aproximadamente. Un poco menos divertido, de todos modos. Cada «medio» tiene su sino: sus recursos, su área de eficacia, sus posibilidades de perdurar. Frente a las imágenes y los sonidos de la magnetofonía avasallante, la arcaica letra escrita, el alfabeto, conserva su peculiar entidad expositiva y especulativa. Por eso seguimos escribiendo. No sólo seguimos escribiendo actas notariales, albaranes de compraventa, recetas, informes, tratados, monografías, sino simples y sencillas «cartas al Director». O «cartas al autor». Yo recibo bastantes cartas de mis lectores. Unas pocas me llegan a través del diario; las más, directamente, porque con frecuencia caigo en la inocente vanidad de enunciar, en el curso de mis notas, el nombre del pueblo donde nací y residí, y mis corresponsales saben dónde dirigirse. Y mi experiencia es ésta: que la mayor parte de los lectores «saben» escribir. Quizá ocurre que sólo escriben los que saben. De todos modos, son muchos.

Contra lo que las almas cándidas pueden suponer, es más complicado escribir una «carta» a la novia, a la familia o al confesor, que una «carta al Director». Los amoríos, la parentela y los desórdenes de la conciencia suelen ser temas confusos y apasionados: quienes han de abordarlos lo hacen, casi siempre mal, o sea, con torpeza. En cambio, un ciudadano medianamente escolarizado escribirá unas cuantas cuartillas sobre —¿qué diré yo?— el Ser y la Nada con una limpieza total de estilo y de expresión. Sus opiniones serán razonables o disparatadas: no importa. Pero con una nitidez sólida, repito. Cuando se debate cualquier pejuquera doméstica, cariñosa u hostil, de salud o de deudas, el runruneo verbal se hace dudoso y capcioso, y, a ratos, explosivo. Cuando la materia es un problema impersonal, las frases surgen y se encadenan con una afluencia afable y volátil. Un lector, en la medida en que de veras lee,

«conversa» con el escritor. Conversa: contesta. Mientras lee, en efecto, contesta: asiente o disiente. Si al terminar la lectura reduce su contestación a caligrafía, ya tenemos la «carta»: el «contraartículo», el «artículo» espontáneo y de afición, que, a veces, nada tiene que envidiar al montaje del experto. Una gran parte de esta «literatura» secreta y redarguyente merecería la publicidad. No la encuentran. Los periódicos españoles conceden pocas columnas al género, o lo reducen a cuestiones subalternas de queja municipal o cosas similares.

Huelga advertir que no siempre las cartas del lector son teóricas, ni se limitan a corregir un lapsus o una exageración. Estas son las habituales, por fortuna. Alguna, un desconocido, tiene la amabilidad de poner pagas o puntos sobre unas ías de despiste: la intención y el procedimiento tienden a ser persuasivos, colaboratorios, discretos. Incluso cuando la discrepancia se plantea a fondo. Pero tampoco faltan, gracias a Dios, los despiantes. Mala señal sería, si no. Aunque práctico una diligente prudencia a la hora de formular mis opiniones, no puedo evitar que, en algún momento de descuido, se me escape un leve adjetivo incorriente. Carezco de derecho a lamentarme si recibo algún que otro ultraje extravertidamente burdo. Son gajes que hay que arrostrar. En mis «dossiers» conservo un precioso muestrario de insultos, que constituye, para mí, un muy estimable dato del ejercicio laboral. Los reproches destemplados, sin embargo, se limitan a pocas palabras, sarcásticas o injuriantes. Casi nunca sobrepasan la media docena de líneas. La ira es interseccional, no discursiva... Lo bueno es cuando el lector «discurre». Insisto: sus «cartas» son preciosas. Y son verdaderos «documentos» del silencio: de lo que piensan, por su cuenta y riesgo, tal o cual anónimo habitante del país. Esa multitud aparentemente taciturna, no calla. No existen «mayorías silenciosas», bien mirado: no tienen acceso a un altavoz, eso es todo...

Joan FUSTER

### PERROS

PELUQUERIA CANINA  
CONSULTORIO VETERINARIO  
Casetas desmontables para perros  
Mallorca, 134. Telf. 254-35-89. PARKING

- Universidad.
- Escuelas Técnicas
- Arquitectura

### EL ESCORIAL CURSO DE VERANO

Instalaciones deportivas — Piscina olímpica  
Alumnos residentes y externos  
REAL COLEGIO ALFONSO XII  
Teléfonos 296 04 00 - 01 - 02 — MADRID

- C. O. U.
- Bachillerato

### SORDO

Al optar por un AUDIFONO, debe aplicarle un AUDIO-PROTESICO con preparación CIENTIFICO-MEDICA. Gabinete Auditivo Científico SERVISORD es el único en su especialidad de AUDIOLOGIA, que le ofrece total garantía de sus servicios.  
Balmes, n.º 193, entlo. Tel. 217-46-46

### VARICES - FLEBITIS

Cambiará eficaz y cómodamente. Telf. B. 253-24-26, de 12 a 1 y 3 a 4. Daremos hora

### DOLOR - ARTROSIS

Combatirá eficaz y cómodamente. Telf. B. 253-24-26, de 12 a 1 y 3 a 4. Daremos hora